

El abrigo

TEXTO: MÓNICA LAVÍN

Ya no son días para usar el abrigo que en nuestro país es una prenda poco frecuente (aunque haga frío, parece que no está en nuestra genética vestuarista, tampoco la gabardina o el paraguas). Y tal vez resulte fuera de temporada pensar en el abrigo, pero me obliga la lectura de la novela más reciente de la española Soledad Puértolas, *Historia de un abrigo*, que hace de la prenda el *leit motiv* de una serie de historias hilvanadas porque el personaje con el que arranca el libro se pregunta dónde habrá quedado el abrigo que poseía la madre, ahora muerta. Con esa pregunta en apariencia inofensiva, recorreremos capítulo a capítulo historias cotidianas que ocurren en Madrid donde los personajes forman parte de una misma trama aunque ellos no lo saben. Una suerte de tapiz que lo mismo se puede leer como colección de relatos o como novela.

Soledad cuenta que tenía ambas intenciones, que quiso experimentar; por eso el lector transita por una serie de situaciones carverianas (ese “aquí no pasa mucho” que siempre destila desolación y tristeza) en una sinfonía donde el abrigo es un pretexto para que la protagonista y nosotros encaremos pérdidas y relaciones con los más cercanos y con los objetos. El abrigo. Y quién sino Gogol hizo especial al abrigo, o el capote, como se titula su cuento dependiendo de la traducción. Se ha llegado a decir que todos los cuentos vienen de “El abrigo” de Gogol, por aquello de poner en el centro de la historia al antihéroe, al burócrata que se condena por desear y poseer por tan sólo un día un abrigo nuevo al cual ha destinado todos sus ahorros.

Elijo al abrigo para hablar de él en días primaverales (que el calentamiento global adelanta y hace evidentes con el florecimiento temprano de las jacarandas), no es tanto por compartir lecturas sino por hablar de aquello que a veces me asalta. La idea de traer un abrigo puesto, no porque haga frío sino como escafandra, como armadura, como uniforme de batalla para la vida. Me sucede que voy caminando y de pronto quiero tener un

abrigo para enfundarme, sí, protegerme, cubrirme, tal vez esconderme. Atarlo a la cintura, meter la mano en los bolsillos. Un abrigo que me envuelva, que llegue hasta el borde de las mangas, que sea largo y roce el tobillo o el borde de la bota, un abrigo que me envuelva casi toda, para que lo de fuera haga menos mella, para andar más hacia adentro (que no siempre es bueno).

Me gusta la palabra con que nombramos la prenda: abrigo y no capote o gabán, o anorak como leí una vez en un cuento para niños (parece ser que la palabra es de origen esquimal y que deben llevar capucha). La palabra abrigo es sustantivo del verbo: abrigar o resguardar, proteger. Por eso la gente se abriga y por eso yo quiero un abrigo cuando las jacarandas salpican de morado las calles. Para atrincherarme. O para capotear las circunstancias. Y si hurgo en mis deseos, quisiera un abrigo como cuadro de Remedios Varo, con aquello que me es indispensable para andar por la vida.

Si tuviese que amueblar ese abrigo pondría dos o tres libros en el estante del bolsillo (para releer, nada nuevo), un iPod con mi música, las fotos de mis más queridos, un poco de vino y una libreta y un lápiz, un mantel de cuadritos para poderlo tender en el camino y comer. Tal vez las monjas sean quienes más cerca están de llevar un abrigo permanente, aunque no lleven enseres personales; allí van protegidas de ser otra cosa en la vida, de relaciones complejas, son las esposas de Dios y ya eso es tarea para rato. Pero yo no quiero un hábito (ni lo que ello implica), sólo le quiero llevar la contra al clima, encontrar el uniforme para lidiar con la vida. Y no encuentro mejor prenda que el abrigo. •

MÓNICA LAVÍN

Ciudad de México, 1955. Escritora, periodista, guionista y conductora de radio. Ha publicado *Ruby Tuesday no ha muerto* y *Café cortado*, entre otros libros.